

Natalia Álvarez Méndez (Hg.): *Entre la seda y el hierro. La creación poética cuentística de Antonio Pereira*. Madrid/Frankfurt a. M. Main: Iberoamericana/Vervuert 2022, 229 S. (Ediciones de Iberoamericana, 133)

La edificación del mundo a través de la palabra ha vertebrado la vida de Antonio Pereira (1923–2009), escritor que ha sabido mirar y admirar el universo que le rodea y darle forma desde géneros literarios distintos: poesía, cuento, microrrelato, artículo periodístico y diario. *Entre la seda y el hierro. La creación poética cuentística de Antonio Pereira* profundiza en la poética y en la cuentística del autor de la mano de grandes especialistas.

Como es sabido, Pereira forjó su vocación a la brevedad con el cultivo temprano de la poesía y, también, con el ejercicio periodístico. Durante la década de los cuarenta gracias a la hospitalidad de los poetas de la revista leonesa *Espadaña* (Victoriano Crémer, Eugenio de Nora, Luis López Anglada y José Castro Ovejero) y de su bibliotecario Antonio González de Lama pudo desplegar su vocación poética y retomar los cauces humanistas de *Claraboya* (1963–1968), donde publicó varios poemas; posteriormente, fue en otras revistas (*Alba*, *Caracola* o *Ínsula*), donde nacieron los libros de poemas *El regreso* (1964), *Del monte y los caminos* (1966), *Cancionero de Sagres* (1969) y *Dibujo de figura* (1972).

Pronto brotó en el alma del poeta el cauce narrativo; en 1957 publicó «Cuento de Navidad» en *Diario de León* y «Algo así como la crápula», en *La Estafeta Literaria*, en 1965. Vieron la luz, poco después, *Una ventana a la carretera* (1967), libro de cuentos que publicó gracias al estímulo de Ramón Carnicer y con el que ganó el premio Leopoldo Alas; y los que le sucedieron en las décadas de los 60 y 80: *El ingeniero de Balboa y otras historias civiles* (1976), *Historias veniales de amor* (1978), *Los brazos de la i griega* (1982), *El síndrome de Estocolmo* (1988), por el que mereció el Premio Fastenrath de la RAE, y *Cuentos para lectores cómplices* (1989). Aunque Pereira proclamó en distintas ocasiones que le hubiera gustado ser recordado como poeta lírico, la etiqueta de «escritor de cuentos» le acompañó durante su vida y, como afirmó José María Merino en *Cuento popular y cuento literario*, le mereció ser considerado un «maestro indiscutible del cuento del siglo XX en nuestra lengua» (Publicaciones Universidad de León 2012, 63), un género literario en el que pudo desplegar su predilección por la concisión y depuración del lenguaje. Lo muestra la publicación de numerosos volúmenes a partir de la década de los noventa, como *Relatos de andar el mundo* (1991), *Picassos en el desván* (1991), *Las ciudades de Poniente* (1994), *Relatos sin fronteras* (1998), *Me gusta contar* (1999a), *Cuentos del Medio Siglo* (1999b), *Cuentos de la Cábila* (2000) y *Las ciudades de Poniente* (2009), por el que recibió el V Premio Torrente Ballester.

A través de dos textos del autor (el verso «Mí patio es lo que invento» y la expresión «El hilo de la cometa» – extraídos del poema «Balada de mi patio», de *Viva Vóz* y del cuento homónimo de *Historias veniales de amor*, 1978, respectivamente)– Natalia Álvarez Méndez,

profesora Titular del área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de León, da forma a las dos secciones que configuran *Entre la seda y el hierro. La creación poética cuentística de Antonio Pereira*, una obra con la que rinde tributo al escritor de Villafranca del Bierzo: la primera está consagrada al análisis de su poesía y la segunda, al estudio del cuento.

Entre la seda y el hierro es un estudio de referencia para todo aquel que desee adentrarse en la obra de Antonio Pereira, pues acoge de manera oportuna las reacciones que ha suscitado su obra entre la crítica especializada y profundiza en su universo literario. Son numerosos los estudiosos que desde la década de los ochenta del siglo XX han ido arrojando luz sobre la producción literaria del autor, como los de Francisco Martínez García (1982), Santos Alonso (1986) o Ricardo Gullón (1989). Esta atención se incrementó a lo largo de la década de los noventa, cuando Encinar y Percival rescataron su producción cuentística para formar la antología del cuento contemporáneo español, que fue publicada en 1996 en la editorial Cátedra; también, ese mismo año se defendió en la Universidad de León la primera tesis doctoral en torno a su obra: *Países poéticos de Antonio Pereira*, de Carmen Busmayor. Tras la creación en la década de los dos mil de la Fundación que lleva su nombre y con la publicación en la colección de Letras Hispánicas de Cátedra de su narrativa breve, *Recuento de invenciones* (2004), precedida por el estudio de José Carlos González Boixo, se han ido sucediendo numerosas y variadas aproximaciones críticas a su obra, como muestran los estudios de Dámaso López García (2004), Nuria Carrillo Martín (2005), José Luis Puerto (2006; 2011), Armando López Castro (2010–2011; 2018), María Rossel (2009), José Enrique Martínez (2010; 2013; 2014; 2015; 2018), Ricardo Senabre (2011), Niall Binns (2013), Pablo Andrés Escapa (2013), Eloísa Otero (2013), José Manuel de la Huerga (2014), Tomás Albaladejo (2015), Antonio Enrique (2015), Luciano Rodríguez (2015), María Pilar Celma Valero (2016), Árida Ares Ares (2017), David Rubio (2018), Raquel de la Varga Llamazares (2018), Ana Calvo Revilla (2021), Sergio Fernández Martínez (2021), entre otros.

En *Entre la seda y el hierro* Alfredo Saldaña, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Zaragoza, arroja luz sobre la voz interior del escritor y ahonda en las coordenadas biográficas, desde las que se puede comprender mejor la génesis de su escritura precoz: las primeras letras aprendidas con don Manuel Santín, la miopía que fraguó la soledad y el amor por la lectura, la amistad con el poeta y articulista Antonio Carvajal Álvarez de Toledo, la renuncia al ejercicio de la profesión de maestro y la elección de su condición vital como viajante, y los primeros contactos con los miembros de *Espadaña* (1944–1951), que le incitaron a escribir y publicar sus poemas. La vocación poética, tanto si escribe en verso como en prosa, preside toda la escritura de Antonio Pereira y en ella el autor apresa poéticamente la vida humana. A pesar de que ha trascendido más su faceta como cuentista, al escritor villafranquino le gustaría ser recordado como poeta lírico, como autor de *El regreso* (1964), *Del monte y los caminos* (1966), *Cancionero de Sagres* (1969), *Dibujo de figura* (1972), *Contar y seguir* (1972) – que recoge su producción poética de la década 1962–1972 –, *Antología de la seda y el hierro* (1986), *Raros y no olvidados* (1987), *Poemas de ciudades* (1994), *Una tarde a las ocho* (1995), *Poemas del claustro* (1999), *Meteoros, 1962–2006* (2006) y *Viva voz* (2006). La austeridad y la contención lingüística, el paisanaje y la vivencia de la tierra, la tradición oral y la memoria personal son algunos de los ejes que vertebran su obra poética.

Armando López Castro, catedrático de Literatura Española en la Universidad de León, delimita el marco socio-cultural de su escritura; enfatiza la libertad con la que actuó Pereira para distanciarse de la ideología oficial que existía en la España de la década de los años setenta y subraya la ingenuidad de su mirada, que le llevó a explorar nuevos territorios

desde la publicación de *Dibujo de figura*, »un libro bisagra, pues con él se cierra un ciclo de inmersión en lo histórico y se abre otro de profundización en la materia, de la materia de la experiencia y de la materia verbal« (44); el tono melancólico y el retorno al Bierzo natal configuran el tiempo circular de su imaginario poético.

Asimismo, Sergio Fernández Martínez, investigador posdoctoral Margarita Salas de la Universidad de León, profundiza en la claridad expresiva y sencillez de la voz poética de Antonio Pereira y en su voluntad de interiorización. Ambas tendencias lo condujeron, en ocasiones, al irracionalismo verbal y a la búsqueda de la originalidad, a la convergencia de la desnudez de la experiencia corporal y de la visualización erótica de la mujer amada, y a la articulación de la expresividad simbólica y visionaria.

La segunda sección, más extensa, »El hilo de la cometa« se centra en la narrativa breve del escritor leonés. Comprende los estudios de seis especialistas que con sus contribuciones ponen en primer plano la figura de uno de los grandes cuentistas de la literatura española contemporánea. Natalia Álvarez Méndez subraya la coherencia y unidad de su voz narradora, que ofrece una visión lúcida de la realidad que le rodea. Estudia con rigor algunos de los principios poéticos que presiden la narrativa del escritor berciano desde *Una ventana en la carretera* (1967) hasta *La divisa de la torre* (2007), por ejemplo la recuperación de la oralidad de los filandones, la dialéctica entre lo local y lo cosmopolita, la huella de la experiencia vivida y la presencia implícita del autor en la fábula, la inclusión de la peripecia vital en la ficción, la explotación de la voz imaginada del narrador, la apelación al lector a través del recurso a la oralidad y del tono conversacional, la relevancia del poniente y del noroeste como territorios literarios donde transcurren sus historias, sin que vaya en detrimento de la proyección universal de su narrativa breve; la mirada irónica y lúdica, la asunción de componentes líricos, la insinuación y el poder de evocación o la búsqueda de un lector cómplice. Traza, por tanto, Natalia Álvarez los principios configuradores de la poética pereirana, que extrae de fuentes diversas, como el prólogo a *Me gusta contar* o distintos estudios realizados por la crítica especializada.

Tomás Albaladejo Mayordomo, catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Madrid, aborda la *poiesis* de sus cuentos; penetra en cuál ha de ser la actuación de la crítica ante la producción cuentística del escritor, traza una cartografía de base tipológica, flexible y abierta, desde la crítica transferencial, y se aproxima a la obra del escritor desde ámbitos del saber distintos a los estudios literarios o lingüísticos. Pone de relieve la fuerza narrativa de sus cuentos y muestra cómo su riqueza constructiva y poliforme responden al eje nuclear que los sustenta, tal y como el propio Antonio Pereira reconoció en la respuesta a la pregunta sobre este género literario, que le formularon Ángeles Encinar y Anthony Percival en *Cuento español contemporáneo*, que le llevó a definir el cuento como el »resultado de saber una buena historia y saberla contar con intensidad y brevedad« (Madrid: Catédra 1993, 233). Cada uno de estos cuentos o »fragmentos de vida (y fragmentos de vidas)« (105), como los define el profesor Albaladejo, »son mosaicos en los que se condensa la complejidad de la naturaleza humana« (105); son piezas literarias, impregnadas de calidad estética, de ambigüedad respecto a la figura del autor/narrador y de una fuerte economía expresiva, que suscitan la respuesta empática del lector y exigen su colaboración.

Con una retórica alejada de la crueldad y de la violencia, Carlos Javier García, catedrático de Literatura Española en la Arizona State University, incide en uno de los términos empleados por el escritor al hablar de sus diarios; nos referimos al término »rasguñín«, con el que el especialista define el estilo sin dentellada y »sin desmesura« (108), que »produce un corte superficial en la piel – un rasguño –, sin morder, sin buscar agrandar la importancia

de los acontecimientos ni magnificar su valor y mérito a través del subrayado beligerante o espectacular» (108). Este rasgo está presente en muchos de los cuentos que giran en torno a las experiencias vividas durante la Guerra civil y durante el franquismo, y cuyo lenguaje se aproxima a la crónica. Las reiteraciones, la ambivalencia semántica, la polisemia de los signos, la ironía o las reiteraciones son algunos de los recursos empleados por Antonio Pereira para socavar lo que se dice, enfatizar la distancia respecto al discurso autoritario y dejar entrever »sin aclarar aspectos sugestivos situados en la sombra« (122).

José Enrique Martínez, catedrático jubilado de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de León, subraya la relevancia que otorgó Antonio Pereira – siguiendo la estela iniciada por Horacio Quiroga, Juan Bosch o Italo Calvino – al comienzo de sus cuentos y se aproxima a la génesis de este modo de escribir; lo hizo el autor no solo para distanciarse y desprenderse de la multiplicidad de historias que podrían contarse, sino también por la capacidad que revisten los inicios para introducir plenamente al lector en el meollo del relato y para atraer y suscitar su atención. En el comienzo de los cuentos está presente la poética de lo escueto que caracteriza su obra (la concisión y la sobriedad, la alusión velada o la insinuación); se aprecian aquí ya muchos de los rasgos que presiden los relatos del escritor berciano, como »gracia en el contar, malicia, erotismo, humor risueño, ingenio« (132). El autor forja expectativas en el incipit: anuncia el asunto de que va a tratar (»Obdulia, un cuento cruel«, de *El síndrome de Estocolmo*), anticipa la historia que va a contar o la técnica que va a seguir (»El hilo de la cometa«, de *Historias veniales de amor*, o »El otro y yo«, de *Los brazos de la griega*), subraya la veracidad o inverosimilitud de lo narrado (»Los Cedilla«, en *Una ventana a la carretera*) o el carácter del cuento (»Los tiempos que vienen«, »El asturiano de Delfina«, »El final de Santiago Velasco« y »Un tal Cioran«, de *Las ciudades de Poniente*), impela a la lectura (»La enfermedad«, en *Las ciudades de Poniente*) o alude a la naturaleza metaliteraria o metaficcional de su producción cuentística.

Dentro del »Decálogo para cuentistas«, que publicó Antonio Pereira dentro del prólogo a la antología *Me gusta contar* (1999), recoge el autor las prescripciones de este género literario: tener una historia que contar, la importancia tanto de un buen comienzo como de un buen final, el riesgo que entraña una adjetivación redundante, el papel fundamental del narrador o la unidad de efecto. Raquel de la Varga Llamazares, editora de la antología de cuentos de Antonio Pereira titulada *El hilo de lo irreal. Fabulaciones* (Eolas 2022), se adentra en el análisis de la metaficción en la narrativa breve de Antonio Pereira, pues no es un recurso esporádico, sino que preside prácticamente la cuarta parte de su producción cuentística. Siguiendo la tendencia a la autorreferencialidad metaficticia, la autoconciencia narrativa (»El narrador inocente«, publicado en *Picassos en el desván*), el falso autobiografismo, el localismo y el costumbrismo al servicio de la estética de lo insólito y del potencial simbólico, son algunos de los ingredientes de la narrativa pereiriana. Alude también la investigadora al cultivo de la hiperbrevedad y a la presencia de numerosos microrrelatos diseminados en algunos de los volúmenes publicados, como en *Picassos en el desván* (1991). En esta cuestión se adentra también Carmen Morán Rodríguez, catedrática de Literatura Española en la Universidad de Valladolid.

Partiendo de la premisa de que nunca tuvo Antonio Pereira la intención de escribir microrrelatos – así lo sostuvo José Enrique Martínez con ocasión de la publicación de *Meteoros* (2006), un año antes de la aparición de *La divisa de la torre* (2007), obra en la que se aprecia más la tendencia a la brevedad que cultivaría el escritor a partir de la década de los noventa –, la profesora Morán afirma que la inclinación a la brevedad es perceptible desde los comienzos en el conjunto de la producción cuentística del autor. Junto a algunos cuentos largos, figuran otros de dos o tres páginas, desde *Una ventana a la carretera* (1967)

(»Rabanillos«, »La vara«, »Beltrán, primera especial« o »El tío Candela«), *Historias veniales de amor* (1978) (»Los ejecutivos«, »La gracia del rey don Carlos«, »El forajido«, »*Souvenirs*«, »Un Quijote junto a la vía« y »Fábula con obispo y niño«), *Los brazos de la griega* (1982) (»Una novela brasileña«, *El síndrome de Estocolmo* (1988) (»La escalerilla«, »Si me lees te leo«, »Poeta en el Sheraton« o »Visita impía del Gulbenkian«) hasta *Picassos en el desván* (1991), donde Pereira incluye relatos que no completan una página (»Picassos en el desván«, »El escalatorres«, »Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos«, »La violinista«, »Los pasadizos«, »La esquila« y »*The End*«). Aunque no aparece narrativa hiperbreve – de menos de una página – en *Las ciudades de Poniente* (1994), ni en *Relatos sin fronteras* (1998), y tampoco en *Me gusta contar* (1999), no sucede así en *Cuentos de la Cábila* (2000) con »Alcalde de barrio«, »La orla«, »El mal tiempo«, »La Corbata«, »Las adicatorias« y »El reconocimiento«. Sobresale, asimismo, – afirma Carmen Morán Rodríguez – el gusto de Antonio Pereira por el trasvase de piezas de una etiqueta genérica a otra, como el propio autor sostiene en el epílogo de *Meteoros*: »el lector de mi poesía, si también lo es o ha sido de mis cuentos, encontrará en *Viva voz* cuatro textos que habiendo visto la luz como microrrelatos, valen, a mi juicio, como poemas. Me ha parecido un experimento jugoso que puede verse en »Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos«, »La violinista«, »La esquila« y »El escalatorres« (2006, 360). Por lo tanto, defiende la especialista que la tendencia a la brevedad no se encuentra ligada al género del microrrelato, sino que se inserta en la tradición literaria, en la que figuran otros escritores, como Álvaro Cunqueiro, Meliano Peraile o Giovannino Guareschi. Siguiendo la tesis de Francisca Noguero de que los escritores, en su anhelo de alcanzar una visión holística del mundo, cultivan las distancias cortas por escepticismo, melancolía y ambición, considera Carmen Morán que Antonio Pereira optó por lo mínimo y por la distancia corta para alcanzar el todo. Y disecciona los elementos recurrentes que contribuyen a reforzar la cohesión textual que preside este imaginario narrativo breve o hiperbreve, como: el espacio del noroeste, la evocación familiar o la autorreferencialidad (a través de la presencia de sus amigos, como Amancio Prada, Ramón Garciasol, Filemón de la Cuesta, Justo Pérez de Urbel, Juan Carlos Mestre, Agustín Cerezales Laforet, Antonio Linage, Vicente Armesto, Vicente Aleixandre, Antonio Gamoneda, Eugenio Montes, Jorge Guillén y muchos otros; o de referencias históricas y políticas, referencias a la censura y a las consecuencias de la dictadura); la reflexión metalingüística, las interferencias del narrador en lo narrado y la clave autoficcional. Reclama la investigadora para Antonio Pereira la condición de padre de la autoficción hispánica, junto a escritores de la talla de Juan Goytisolo, Antonio Muñoz Molina, Javier Marías, Enrique Vila-Matas o Javier Cercas.

Pablo Andrés Escapa, autor de numerosos libros de relatos, profundiza en la reivindicación significativa del paisaje del Poniente en la obra de Antonio Pereira; dado que el mito es »el destino de toda geografía literaria« (195), analiza la condición mítica que reviste dicho paisaje; de manera semejante a como George Borrow en 1837 o Joseph Townsend en 1786 anotaron sus pasos por nuestras tierras y dejaron constancia de la resonancia poética que tuvieron en su vida y obra, el escritor berciano pretendió asir, en su condición de viajante, la realidad que se le escapaba y dejar constancia de lo oído a través de la fabulación. Habitado al hecho de contar bajo la lumbre, Pereira fundió en la escritura su condición de fabulador, transformó el territorio en paisaje mítico, elevó lo anecdótico como materia del relato, recreó la realidad desde una perspectiva humorística y logró que la oralidad fuera cimiento imprescindible de la narración.

Antonio Pereira, como afirma el escritor Pablo Andrés Escapa en »Las dos Nochebuenas de Antonio Pereira« (2009), ha sido fiel »al agua limpia de la fuente« (202); con tono leve

Rezensionbeleg

Rezensionen

100

e irónico, cordial y fraterno, el fabulador del noroeste consiguió que el lector se convirtiera en su confidente y en protagonista de sus cuentos y de todo lo que escribió: de la memoria colectiva que vertebra un caudal imaginativo, donde se funden lo maravilloso y lo cotidiano, la realidad más anodina y vulgar con el destello que refulge. Comprometido con las palabras y con la vida, acierta Antonio Pereira a provocar el asombro del lector y a alborozar su espíritu; exigente con la lengua y con las palabras justas, el escritor logró que fuera el lector quien desvelara el secreto de su escritura y lo elevó a confidente de su destino.

Ana Calvo Revilla, Universidad San Pablo-CEU, Madrid